

*Fernando Herrera*  
y  
*Ciudad de México*

Es editor literario y de obra gráfica y ha trabajado como asesor en el área de literatura, del Instituto de Cultura y Turismo de Bogotá. Ha incursionado en el campo de la publicidad y en el periodismo. En el año 1985 recibió el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, con el libro *En la posada del mundo*, publicado ocho años después por la Universidad del Valle. En el año 1993 obtuvo la Beca de Creación de Colcultura en el género de poesía. La Universidad Nacional de Colombia publicó, en la Colección Viernes de Poesía, la plaquette *La casa sosegada*, en el año 1998. En esta universidad tuvo a su cargo un curso sobre Introducción a la Literatura, en el que interactuó con los escritores Germán Espinosa, Juan Manuel Roca y William Ospina, entre otros. Fernando Herrera es colaborador en revistas y en suplementos literarios de Colombia. Ha vivido en París y en San Francisco (USA). Nació en Medellín, en el año 1958.

Fernando  
Herrera  
Gómez



*Para Fabio Jurado y Mario Rey*

I

A un lado de la catedral, entre el zócalo y las ruinas aztecas recién descubiertas, al devolvernos, vemos cómo almuerza contra una pared una anciana india: da la espalda a la catedral, da la espalda al zócalo, da la espalda a los transeúntes, da la espalda al mundo. Mirando la pared de un edificio cualquiera, en actitud hierática, parsimoniosa, da mordiscos a su tortilla que engulle con reverencial lentitud. Hay en el piso, entre ella y la edificación, una botella de coca-cola. Qué particular manera de hacer íntimo y sagrado el hecho trivial de alimentarse.

2

Estamos en una cantina del centro de Ciudad de México. Son las cuatro de la tarde. En medio del vasto salón decorado con flojos lienzos de escenas taurinas, mientras una desentonada orquesta toca para nadie, y sobre nuestra mesa se acumulan las copas de tequila y de sangrita y cunden las botanas, en medio de la conversación insulsa, se nos acerca un anciano de una provincia de México. Lleva un canasto con limpiísimos manteles blancos de algodón. Ofrece nueces confitadas. Con voz dulce nos habla de las tierras donde crecen los nogales y de las nueces que cogidas en un tiempo determinado del año y lentamente hervidas con azúcar y especias, convierten su mercancía en algo único. “Y el gusto de hacerlas para ustedes” agrega con su amabilidad singular.

Algunos compran los crujientes paquetes de celofán. Todos probamos y por la amorosa historia que las acompaña nos parece que no hemos probado jamás mejores nueces confitadas.

3

Se ríe con las impúdicas historias que vamos contando mientras el taxi avanza por la interminable Avenida Insurgentes. Algo se habla de comprar una botella de tequila, y aunque ya es pasada la hora permitida para la venta de licor, todos prefiguramos el diálogo cómplice con el cual habrá de persuadirse al vendedor a la hora de la compra clandestina. Oyendo nuestras torpes argumentaciones para que el vendedor acceda, el joven taxista nos instruye en las rudas expresiones que se estilán a esas horas de la noche: “O me vendes una botella de tequila, o te parto la mandarina en gajos”. En medio de las risas se resuelve el asunto y paramos a comprar la botella.

4

“Como quien pierde una estrella” vine a saber que se llamaba la canción cuya tonada recordaré siempre junto con la tarde en que navegaba por los canales de Xochimilco. Por estos canales —me cuentan— venían en las mañanas los campesinos con las frutas y las verduras que abastecían a la antigua Tenochtitlan. Obviamente yo voy navegando en una balsa con la deslucida intención del turista. Sin embargo no hay turistas en las muchas barcas que avanzan a nuestro lado en las que se escuchan los acordes de esa canción ranchera que a todos nos corta por un instante el aliento. Completas familias mexicanas con abuelos y tías y primos, en balsas más grandes, van avanzando mientras brindan alegremente con tequila. Amarrada a la suya va otra balsa con la orquesta del mariachi. En humeantes cocinas flotantes, rotundas mujeres indias nos ofrecen de manera casi suplicante: “cómase su taquito, señor”. En este trajinar multitudinario de balsas, en esta explosión de trompetas y guitarrones, en esta abigarrada muchedumbre de colores, sientes de qué manera vive México.

5

Unos pasos antes de la acogedora sombra de las jacarandas —que en Colombia llamamos gualandayes— y del murmullo del agua del zócalo de Tlalpan, entramos al mercado. No sólo hay dulzura en la forma en que los vendedores nos acosan para que probemos sus viandas. Hay que ver con qué amorosa cadencia están

dispuestos los tomates sobre un lecho de hojas de milpa, los nopales cocidos y crudos desprovistos ya de sus púas, los rojizos y minúsculos camarones en su preciso cuenco de barro cocido, las absurdas tortillas azules, la monstruosa delicia de los huitlacoques, la gama inverosímil de los diferentes moles de Puebla.

Miras hacia el artesonado del techo, y bendices que haya sitios como éste en la tierra.

